

puertas de la ciudad y poner en pié de guerra y combate á los amigos fieles. Guardias salieron para guarnecer las puertas y tomar á mano al autor de tantos tumultos. Juan Felipe comprendió que nada se oponia á su oficio como la desobediencia consumada, y no quiso trocar su partido en ejército ni su casa en fortaleza, yéndose de tejado en tejado al hogar solitario del fugitivo Lullin, donde, al cabo, dieron con él sus perseguidores que le buscaron desde la bodega hasta el granero, en la cuadra, bajo un monton de paja. Conducirlo desde su escondite á la prision, obra fué de romanos, porque todo el pueblo queria cogerlo en el acto con anhelo y despedazarlo allí mismo sin piedad.

No hay nada tan terrible como estas luchas democráticas, en las cuales mueren padres, hermanos, telas del corazon, pedazos del alma de los mismos ciudadanos que ejercen la autoridad en conjunto dentro de toda República. Ginebra se indignó, y con grande indignacion, de que tras horrorosa embriaguez, un general suyo, por su propia dignidad obligado á defenderla, sembrara en sus calles el terror y la muerte. A impulsos de tal sentimiento solo se oia el clamor universal, que demandaba justicia. Los procedimientos contra los fautores de tal perturbacion tomaron, pues, vertiginosa é inevitable celeridad. Formuláronse los cargos, oyéronse los testigos, tomáronse las declaraciones con la impaciencia propia de la cólera. El general Juan Felipe confesó de plano su crimen; y mientras lo confesaba, uno de los heridos por su borrachera espiró. Al espirar, ocurriósele á su mujer una de esas trágicas resoluciones inspiradas con frecuencia por el dolor á los ánimos verdaderamente adolorados. Sacó el cadáver de su esposo, rodeado de todos sus hijos, y entre lamentos y lágrimas de la viudez y de la orfandad, que suelen partir hasta las duras piedras, condujolo á la puerta del Palacio de la Ciudad y lo expuso á los ojos de los gobernantes, demandando pronta y segura venganza. No habia remedio humano. La justicia cayó implacable sobre aquel hombre. Los síndicos de su propio partido le condenaron á que la cabeza se le arrancase del tronco y el alma del cuerpo. El partido anti-calvinista estaba decapitado como su jefe. La cuchilla del verdugo le segó la cabeza; y por ende, habia el partido eclesiástico, representado en el reformador y el apóstol Juan Calvino, á quien todos llamaban, de venir inmediatamente despues

del partido militar, representado en el general Juan Felipe, que acababa de perder la vida en afrentoso cadalso.

La opinion predominante de nuevo escogia, satisfecha ya su principal venganza, por víctimas, á los sacerdotes sucesores de Calvino. Ligada toda la noble aristocracia de la reforma con el gran reformador, naturalmente, no podian reemplazarle y sucederle allá en su púlpito, en su cátedra, en su Iglesia, sino predicadores de última extraccion. Todo lo que habia de doctrinar en el clero ginebrino, Viret, Farel, huyeron y abandonaron la ciudad con el eximio apóstol del nuevo cristianismo. La insuficiencia de sus torpes sucesores, bien manifiesta estuvo, desde los principios de su predicacion; pero nadie se atrevió á reconocerla y publicarla, sino despues de vencidos sus terribles protectores. Tras la decapitacion del jefe de los anti-calvinistas, la estancia de los pastores nuevos no solo se dificultó, se imposibilitó en la ciudad. Ultrajes sin cuento perseguian á los que recibieran tantos acatamientos sin verdad. En vano se querellaban de los irrespetuosos; faltábales todo amparo en aquella trastocada democracia. Uno de los pastores, el principal, y por tanto el mas susceptible, abandonó la ciudad, sin notificarlo ni á sus compañeros siquiera. Al poco tiempo quedóse la Iglesia sin sacerdotes, siendo los quedados y últimos de tal insignificancia, que los oficios religiosos estaban como en suspenso. Algunos de los mas exaltados calvinistas probaban que durante la separacion y ausencia de Calvino solo se habian oido herejías propias de la ignorancia; como que los magistrados no deben castigar siempre á los perversos y como que Cristo iba por el Calvario á la muerte como van los novios por la calle á las bodas. El Consejo, pues, en vista de la orfandad religiosa y moral de Ginebra, decidió llamar á Calvino, devolviéndole su cura de almas y su cátedra de enseñanza.

Dobles mensajes, uno del Consejo ejecutivo y otro del Consejo legislativo, llegaron á Estrasburgo, porteados por los primates de Ginebra. El pastor, que tantas amarguras sufriera y escuchara tantos ultrajes, veíase halagado ahora de la misma cambiante poblacion que lo maldijera y lo ultrajara. La Pasion de Cristo parece un símbolo de la humana vida, porque á las inmoluciones, á los sacrificios, á los Calvarios, siguen siempre las Resurrecciones, cuando las víctimas inmoladas son mártires de una gran causa y de una re-

conocida justicia. Satisfactorio, muy satisfactorio para Calvino el homenaje de la ciudad ingrata; pero la satisfaccion deseada é íntima no alcanzó á desvanecer en breves minutos la perplejidad natural á sus recuerdos y á sus sentimientos. De un lado, Calvino amaba con exaltadísimo amor al pueblo donde habia organizado una Iglesia y puesto la semilla de sus ideas en la universalidad de las conciencias. Pero al mismo tiempo sentia con dolor en su corazon y recordaba con tristeza en su memoria todas las horas terribles de sus antiguos combates. Aquella complexion cambiante de la ciudad democrática, el oleaje de sus pasiones, la tormenta de sus ideas, los bruscos cambios de su temperatura moral, las guerras de sus calles, la continua lucha propia de sus instituciones, amedrentábanle con horrible amedrentamiento. Además, no podia desechar la idea, que estaba tanto en la médula de su cuerpo como en la médula de su alma, no podia desechar la idea capital del siglo décimosexto, la confusion de los derechos escritos con las ideas morales y la confusion de la Iglesia espiritual con el Estado coercitivo. Calvino deseaba ejercer, no solo el magisterio sobre los entendimientos, no solo el sacerdocio sobre las conciencias, sino tambien la magistratura sobre las voluntades y la autoridad sobre el Estado. En tal sentido era como una especie de Savonarola, es decir, legislador y predicador á un tiempo de otra gran democracia, pero sin la palabra del mártir florentino, sin la efusion de sus sentimientos, sin los arrebatos de su misticismo, sin la poesía de aquella naturaleza meridional, tan idónea para el sacrificio y para el martirio.

Calvino consultó á los principales correligionarios suyos para que le aconsejasen y le asistiesen con sus propios juicios en tan crítica hora. Todo le inclinaba necesariamente á tomar un plazo largo aun, si habia de asentir al deseo de Ginebra. Con dotes verdaderas de organizador, ya tenia organizada su familia religiosa y espiritual, su legion de fieles, su aula de discípulos en la literaria Estrasburgo. Costábale mucho trabajo dejarlas. Luego, la ciudad lo escogiera para un concilio próximo á congregarse con sacerdotes de Suiza, Francia y Alemania en Worms, y debia corresponder á la eleccion. Escribió, pues, una carta llena de uncion al Congreso de Ginebra exponiéndole todas las razones que le retenian mal de su grado en Estrasburgo y que le obligaban por algun tiempo á internarse allá en el corazon de Alema-

nia, sin darle modo fácil de responder con la prontitud que deseara su corazon á las lisonjeras y satisfactorias invitaciones de los dos Consejos. Ginebra reiteró sus ruegos y envió por segunda vez los embajadores. Al llegar estos, Calvino se habia ya marchado á Worms. Corrieron los enviados al Consistorio de la ciudad alemana y mostraron la impaciencia del pueblo ginebrino. El Senado no creyó poder dar una respuesta y los enviados salieron precipitadamente á Worms. Ganóles por la mano el gobierno de Estrasburgo, que mandó un correo á sus delegados para que impidieran toda palabra capaz de dar por resultado una irrevocable concordia entre Calvino y Ginebra, la cual privase á Estrasburgo para siempre de tan grande apóstol. El aprecio de esta ciudad, inesperado hasta de Calvino, aumentó sus perplejidades, al recibir, poco mas tarde, la nueva carta de los dos Consejos de Ginebra, carta solemne y apremiante.

Los colegas de Calvino en Worms sintieron y deploraron la eventualidad de verlo cambiar Alemania por Suiza. De poco atractivo por sus calidades y aptitudes para el sentimiento, atraia mucho por sus aptitudes y calidades para la idea. Los latidos de su corazon no resonaban con grandes palpitaciones, pero se veian con grande claridad los reflejos de su pensamiento en su poderosa palabra. El acto de llegar á Worms los embajadores, corroboraba todo el precio que ponía Ginebra, en su arrepentimiento, al regreso de Calvino. Angustiósese á tal muestra de afecto este con mortal angustia. Sus ojos se tornaron fuentes. La paz, alcanzada en Estrasburgo, le retenia con sus arrullos; y la guerra, nunca olvidada, de Ginebra, le rechazaba con sus atronadores recuerdos. Quiso consultar á sus amigos del alma en este trance, á Viret, á Farel, á los que habian compartido sus penas y cooperado á sus trabajos; pero ni este medio le restó de dar largas á sus respuestas, porque los dos amigos del corazon le escribieron á una, pidiéndole que se tornara por amor de Dios á Ginebra. Entonces Calvino recurrió á sus cofrades y correligionarios reunidos con él en Worms y les comunicó sus dudas y sus angustias. Nervioso, inquieto; unas veces pálido como la muerte, otras encendido como la grana; doblándosele al choque de los recuerdos el cuerpo como al choque de los vientos se doblan los cedros; yéndosele otras veces la vista al extremo de quedarse como ciego; arrebatado en sus discursos hasta caer algunas veces en la preci-

pitacion, tan ajena de su reflexiva inteligencia; balbuciente otras veces al extremo de no poder coordinar ni sus ideas ni sus palabras; ora lloraba con amargos sollozos, ora huía de su auditorio como corrido del llanto y sus flaquezas, mostrando en toda esta no fingida incertidumbre la perplejidad natural en tanto trance á su alma combatida por dos encontradas corrientes de ideas y de pasiones, que iban á decidir en aquel momento de toda la suerte de su vida en el mundo y de todo el esplendor de su fama en la historia.

Despues de tantas angustias, Calvino escribió una carta, en la que, sin dar afirmaciones francas respecto á su decision última, indicaba inclinarse de suyo al regreso. Bien lo habia menester la perturbada Ginebra. El apartamiento de los dos mejores sustitutos de Calvino y Farel sumergiólala en una soledad moral espantosa; y la falta de predicacion cristiana mostró una vez mas cuánto contribuye la religion, por su virtud propia, y sin necesidad alguna de fuerzas coercitivas, al gobierno de los pueblos libres. El dolor de la ciudad abandonada creció hasta inspirar á un pastor de los dos tristes y oscuros allí quedados una religiosa súplica, encaminada directamente al cielo en presencia de los fieles, demandándole con verdaderas instancias el envío de un sacerdote apropiado á las críticas circunstancias y capaz de conjurar las hondas alteraciones. El nombre de Calvino resonó entre los oyentes, y el nombre de Calvino volvió de nuevo á estallar en el Consejo legislativo de Ginebra, mas decidido cada dia en una restitution exigida de la pública conciencia y saludable así al pueblo como al gobierno. Nuevas cartas llegaron, pues, á Worms tras todas estas escenas; y nuevos aplazamientos de la pedida respuesta siguieron á las cartas.

Calvino, entre tanto, crecia mucho y se agrandaba para el concepto público. A pesar de su ignorancia en la lengua germánica, entonces naciente; brilló con extraordinario brillo á causa de su competencia en la lengua latina, tan cultivada por los hombres mayores del Renacimiento. Trabóse por estos dias en Worms la durable amistad entre Calvino y Melanchton, pues hasta entonces solo se tratara uno á otro con senda estimacion, pero sin ningun cariño. Un debate, sostenido allí en Worms contra formidable campeon del Catolicismo, abrió el corazon de Melanchton al afecto exaltado hácia Calvino. Mostrara este con ideas profundas exaltacion evangélica tal, que su ilustre colega le

denominó desde aquella fecha, el teólogo por excelencia. Aunque de naturales tan opuestos y aun contradictorios, debian aquellos dos hombres amarse mutuamente, por lo mismo que mutuamente se completaban. La conciliacion, á que Melanchton, de suyo, se inclinaba, contrastábase con fuerza en la energía de Calvino; y la energía de Calvino se dulcificaba en la ternura de Melanchton. Este mas bien admiraba que queria á Calvino; y Calvino mas bien queria que admiraba á Melanchton. Por consiguiente, nació del cariño, que aquel profesaba á este y de la consideracion que este profesaba á aquel, una de las mas hermosas y mas saludables amistades del siglo, porque, al juntarse dos almas de tan extraordinaria estatura y de tan opuestas facultades, engendraban luminosísimos pensamientos. En Worms mismo, si Calvino mostraba intransigente dureza, requeríale Melanchton á la conciliación; y si Melanchton frisaba en la debilidad, atraíale Calvino á la firmeza, recordándole, cómo Cristo muerto ha resultado en la sucesion de los tiempos la vida misma y cómo la señal del sacrificio, del holocausto, del suplicio, la Cruz, ha resultado el signo de victoria.

Desde Worms tuvo que partirse Calvino á Ratisbona, donde Alemania citaba nuevas conferencias y reunia nuevos concilios. Esta traslacion desanimó á los ginebrinos, creidos, al verla, que su pastor les dejaba en triste abandono y desconocia la urgente necesidad de su presencia. A ruegos de Calvino, el sabio y virtuoso Viret se personó en Ginebra; y su ciencia y su virtud aparecieron como albores y auroras del luminoso espíritu que debia brillar mas tarde por aquellos cielos espléndidos de la ginebrina Iglesia. Farel, movido tambien por súplicas reiteradas y apremiantes, escribió á Calvino, conjurándole á que volviera donde le llamaban la opinion ajena y la propia historia. Los primeros doctores de la Iglesia suiza escribian tambien á Estrasburgo para que su Senado no suscitase obstáculos al cumplimiento de los votos unánimes del ginebrino Consejo. Difícil sustraerse á todas estas instancias y ensordecer á todos estos reclamos. En tal incertidumbre una peste horrorosa estalló dentro de Estrasburgo y se llevó á la eternidad personas de las que mas ligaban con sus afectos á Calvino y mas le hacian permanecer adicto á su estancia prolongada en las orillas del Rhin. Su propia mujer, á quien amaba tiernamente, se vió perseguida por calamidad tan horrorosa, durante la cual sintió Calvino grandes inclinaciones á decidirse definitivamente por Ginebra.